

EL JOTA

UN ROMPECABEZA URBANO

CARLOS FILIPPA

Lectulandia

El Jota es un negro flaco de zapatillas sogueadas, como él mismo dice. Cordobés, hincha de talleres y no muy amigo de la ley.

Mica, en cambio, es una gringa hermosa y con plata. Una nena mimada por su hermano mayor y su papá militar. Una chetita histérica, como dice el Jota.

Este es el relato de su improbable encuentro y su más improbable historia de sexo y violencia. Y de su muy probable final.

Lectulandia

Carlos Filippa

El Jota

Un rompecabeza urbano

El Jota - I

ePub r1.2

rosmar71 & carlosfilippa & Polifemo7 17.11.14

Título original: *El Jota*

Carlos Filippa, 2013

Diseño/Retoque de cubierta: Carlos Filippa

Editor digital: rosmar71 & carlosfilippa & Polifemo7

Primer editor: Carlosinchat

Este obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 2.5 Argentina](#).

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Claudia y a Renzo.
A Andrés Rivera, por mostrarme que puedo escribir con la forma de mis
pensamientos.

Precuela

—Cogeme por el culo.

Esas cuatro palabras le retumbaban en la cabeza y no lo dejaban pensar.

Colgado del pasamanos del colectivo, todavía tenía un bulto en la entrepierna que rompía el pantalón. La boca abierta y seca, la respiración agitada. No lo había soñado. Estaban debajo del puente Santa Fe después de un baile de La Barra cuando lo dijo.

—Cogeme por el culo.

Acababa de sacar la lengua del culo rosado y tibio cuando la gringa se lo pidió. La gringa le pidió, le ordenó, cogerla por el culo y él no pudo. Estaba hecho un boludo.

—No fue cagazo —se dijo a sí mismo. Se lo dijo al Rana, se lo dijo al Pelusa—. Mirá si el Jota Peralta va a tener cagazo de romperle el orto a una minita —les dijo. Y se lo repitió mil veces para convencerse.

—Dale, metela.

No podía pensar en otra cosa. Ni en el bloc rayado immaculado sobre el pupitre ni en la vieja de literatura hablando de no se qué gallego muerto.

—No entra, boluda...

Se hizo el enfermo y lo dejaron irse a la casa. El Jota se enfermaba tres días a la semana y a las profesoras les importaba un sorongo.

El Rana, el Pelusa y el Jota esperaban a los chetitos que iban a vender porros a la salida del Monserrat. Siempre eran iguales. Siempre pendejos. Siempre boludos. De vez en cuando, había uno más o menos vivo. Duraba poco vendiendo ese.

Cuando se iban, el Rana, el Pelusa y el Jota los seguían un par de cuadras. De cerca los seguían. Callados los seguían. Y en cuantito se descuidaban, les caían encima con los filos de punta.

—Hay que tajarlos arriba el codo —les habían enseñado. Y habían aprendido bien el Rana, el Pelusa y el Jota—. Sueltan todo los caretas cuando les abrís el brazo.

Con los trescientos y tantos en el bolsillo del pantalón, cada uno salía disparado para un lado distinto. Son fáciles los chetitos. Se hacen los gángsters, pero son una manga de cagones.

El Jota siempre reparte la plata. Le toca a él porque es el único que sabe hacer las cuentas. Con los cien que se había ganado laburando de lo que él laburaba se compró un celular. Un celular con tarjeta. Un celular con tarjeta y linterna. Para mandarle mensajitos a la gringa se lo compró. Y para que la gringa se los mande a él.

«J, nos vemos esta noche, mica».

Huevos como manzanas

A Andrés Rivera.

Escuchó que lo llamaban pero se hizo el sota. Sabía que tarde o temprano iba a tener que pasar a vacunarse. No es que tuviera miedo. O sí. No estaba seguro. Pero simplemente no tenía ganas de ser pinchado hoy.

Todavía tenía el calzoncillo mojado. Escapó corriendo de la pieza de la gringa y tiró el forro antes de que la última gota saliera.

Linda la gringa. Un hermano, madre y padre. Ama de casa la madre de la gringa. Linda y fuerte como la hija. Coronel con guita el padre de la gringa. Rápido para la reglamentaria el Coronel. Orejas aguzadas el Coronel.

Hacía menos de media hora de eso. Y ahora estaba apoyado contra la pared mugrienta del colegio, haciéndose el sota para que no lo vacunaran. Creía que si aguantaba lo suficiente los municipales con cara de bragueta lo dejarían tranquilo. Por aburrimiento o fastidio, lo mismo daba.

—¡Peralta! —lo llamaron por última vez.

Salió al patio del colegio y prendió un armado. Hacía frío y el pulóver había quedado en la pieza de la gringa.

Linda la gringa.

Cómo chupaba la gringa.

Sus compañeros volvían al aula frotándose los brazos. Tampoco tenía ganas de tener clases hoy. No tenía ganas de nada, en realidad. Solo de volver a esa pieza tibia y perfumada. A esas sábanas limpias. A ese culo rosado que había estado trajinando toda la mañana. Petisa la gringa, pero con un culo y unas tetas que ponían los huevos como manzanas. Sabrá Dios por qué le gustaban los negros flacos con zapatillas sogueadas a la gringa.

Saltó la tapia del colegio con la misma facilidad con la que hubiese podido salir por la puerta de calle. Con la colilla del armado apretada entre los dientes, se restregó las manos en el jean para calentárselas. Después las metió en los bolsillos. Fumar armados sin manos era difícil, pero lo había aprendido hace mucho. Chupar, morder, soltar el humo por la comisura de la boca. Repetir.

«Mejor busco el pulóver», pensó en voz baja. O se dijo a sí mismo, daba igual. Tiritó casi como para que no sonara a pretexto. Soltando el humo de la última pitada enfiló para el barrio de la gringa. Ya tenía los huevos como manzanas...

Mica

La primera vez que vio su imagen en la pantalla se sintió sexy. Se le pusieron como piedra los pezones y mojó la bombacha.

Ahora ya no.

Ahora ya le da lo mismo.

Es verano. Mica desayuna licuado de frutas en el verano. Dos vasos prepara, uno solo para ella. El otro se lo toma Juan Cruz cuatro horas más tarde, cuando abre el ojo. Un vago de mierda Juan Cruz. Vago y malcriado. Malcriado por la madre y por Mica por igual.

Mica se hace llevar bien temprano al colegio. Por el chofer de su padre se hace llevar. Sus compañeras ya están cuando llega, son todas unas tilingas igual que ella. Las chicas Kosiuko les dicen, porque en ese colegio hasta las monjas usan Kosiuko. El Coronel no podía sino mandarla a un privado de monjas. Para que crezca derecha la manda. Como si no hubiese cogido alumnas de esos colegios cuando joven el Coronel. Un boludo el Coronel, pero rápido para la reglamentaria.

Cuando no está en el colegio o en el shopping, Mica está en su habitación. Mica es dueña y señora de su habitación. No entra nadie si Mica no lo deja entrar. Y pocos entran. La mucama, su madre, Juan Cruz y muy, pero muy de vez en cuando el Coronel. Y ahora el Jota.

—Vengo mañana —dice el Jota.

—Venís cuando te llame —contesta Mica.

—Llamame... —suplica, muy a su manera, el Jota.

—Te llamo —dice ella, y lo ayuda al Jota a saltar desde la ventana a la enredadera.

Mica y el Jota hacen una inusual pareja. Una pareja que solamente es pareja en ese cuarto. Cuando Mica le lame las bolas. Le lame las bolas y le mete un dedo en el culo. El Jota nunca va a decir que le gusta que Mica le meta el dedo en el culo. Son pareja cuando el Jota le acaba en la boca. Le acaba sorprendido de que Mica se deje. Y Mica no escupe. Mica traga.

¡No te avarientei!

El Jota rara vez andaba de caño. Simplemente porque no es tan fácil conseguir un fierro como la gente cree. No solo que no es fácil, sino que es caro. Y cuanto más limado está, más caro es.

Para suplir este contratiempo laboral, el Jota se había especializado en el filo. Astuto el Jota como era, practicaba hasta con su sombra. Habilidoso el Jota. Sobre todo con el filo.

Entonces el Jota siempre andaba de filo. Hasta cuando calzaba los cortos para el fulbito con los del barrio.

—¡No te avarientei! —gritó el gordo Axel, y se le vino al humo.

El Jota acababa de mandar el cuero al diablo y no lo vio venir. Morada le puso la jeta el Axel de un piñón. Morada y grande como una ciruela.

El gordo Axel no pudo embocar nunca el segundo rocazo. El Jota lo había fileteado de oreja a oreja.

En quince segundos el gordo quedó solo en la canchita, con la garganta abierta y los ojos más abiertos todavía. Invisible de tierra quedó el gordo Axel. De tierra que se le hacía barro en el pecho. Barro marrón rojizo.

El Jota ya estaba en su casa cuando el gordo por fin cayó de jeta en el suelo. Dios le había dado piernas largas y fibrosas, para correr detrás de la pelota y huir de la policía, como dice la canción. Y al filo no le quedaba ni una molécula de sangre.

—Gordo boludo, la vez que le ganábamos a los del chueco...

A quemarropa

El Jota ya había visto agujeros de nueve milímetros antes. Eso no es lo que lo pasmaba. Lo pasmaba el hecho de que ese agujero, negro y lleno de borbotones colorados, estaba abierto en el pecho flaco y blanco teta del Rana.

Abiertos estaban los ojos del Rana. Nunca había estado tan blanco el blanco de esos ojos. Blanco grisáceo. Blanco hielo.

Estaban abiertos los ojos del Rana y clavados en los del Jota. Pero el Rana ya no estaba ahí. No estaba en ninguna parte.

El Jota vio salir corriendo al que le tiró a quemarropa. Y lo conocía. El Jota no lo había visto más de una vez, pero conocía al chetito que se había cargado al Rana.

—¡Hijo de remil puta!

Para cuando las sirenas estaban a un par de cuadras, se hizo el sota y desapareció del lugar. El Jota era invisible cuando se hacía el sota.

Llegó a la casa del Rana y tocó la puerta. La vieja del Rana abrió en camisón y ojotas. En cuanto lo vio ahí parado supo que su hijo estaba muerto. No dijo nada. El Jota tampoco. La vieja del Rana no dijo una palabra al enterarse de que su hijo estaba muerto. Pero no le sacaba los ojos de encima al Jota. Ni para pestañear. Ni para secarse las lágrimas. El Jota por fin dijo lo que fue a decir.

—Yo se quién fue, yo me encargo.

La vieja del Rana escuchó lo que quería escuchar y, sin abrir la boca, cerró la puerta.

¿Querés cojer?

Miraba como si quisiera. Pero no quería. O por lo menos decía que no quería. Pero después quería. Y mucho. Mica era, con todas las letras, una pendeja histérica. El Jota estaba aprendiendo a aceptar eso. No tenía otra. No, si quería seguir acabando dentro de ese culo de colección.

El Jota sabía que no iban a caminar de la mano por la peatonal. Ni mucho menos compartir un asado con la familia del Coronel en la quinta de Capilla del Monte. El Jota sabía eso. Pero le importaba un carajo.

Le bastaba con saber que más noches sí que no, terminaba enredado en las piernas de Mica, con un dedo en el culo y una lengua en la pija. El Jota sabía lo que quería. Y un fulbito con el Coronel no era.

Pero a veces al Jota le hubiese gustado que Mica no fuera tan vueltera. Que te llamo, que no te llamo, que vengás, que hoy no aparezcás. Las conchetas son así, pensaba. Y se hacía el que tenía idea de como eran «todas» las conchetas. Como si alguna vez hubiera soñado siquiera con voltearse alguna. Como si toda la vida no hubiese odiado a las conchetas por resentido. Toda la vida.

Pero la gringa le dijo «¿Querés coger?», a la salida del baile de La Barra. Así, de prepo. El Jota, que hasta ese momento ni había soñado siquiera con voltearse una concheta, le contestó con una mano en el culo para saber si estaba jodiendo. Y como la gringa no estaba jodiendo, terminaron cogiendo de parados bajo el puente Santa Fe.

Esa fue la primera vez. Y la única que no lo hicieron en la pieza de Mica. Porque a Mica le encantaba hacerlo en su pieza. En las narices del Coronel.

Orejas aguzadas el Coronel. Pero no infalible.

Juan Cruz

Un vago de mierda Juan Cruz. Vago y malcriado. Por la madre y por Mica por igual. Encima intocable. Ni el Coronel puede con Juan Cruz. Porque si le levanta la mano se le subleva el hembraje. Y si hay algo que no puede permitirse el Coronel, es quedarse sin los besos de la nena y la concha de la madre. Intocable entonces, Juan Cruz.

Quien diga que el hombre no depende de su circunstancia, no conoce a Juan Cruz. Tipo inservible si los hay, tendría que morirse de hambre. De hambre, o roto a palos en un callejón. Pero las circunstancias existen y la vida de Juan Cruz transcurre sobre un colchón de flores.

Para colmo, se las ingenia para levantar buena guita sin laburar. Mucha guita. Siempre tuvo buena nariz para la plata. Y creciendo bajo el cobijo de la impunidad, hizo lo que quiso para llenarse los bolsillos.

Juan Cruz tiene todas las minitas que quiere. Facha, auto, guita, apellido. No le falta nada para volteárselas al primer intento. Pero Juan Cruz se aburre de las minitas. No le duran tres días las minitas. Hay quienes dicen que Juan Cruz está enamorado. Pero nadie sabe, solo lo dicen. Dicen que Juan Cruz está enamorado y no puede tenerla. Por eso se aburre de las minitas...

Microcosmos del Rana

El Rana se da con cualquier cosa. Con lo que puede, no con lo que quiere. Se da con cualquier cosa que lo saque de esta vida de frío en las patas y sopa de caracú. Rojo fuego, casi siempre, los ojos del Rana. Rojo sangre. Casi toda la que tiene en el cuerpo, en los ojos. El Rana se da con cualquier cosa que le mienta un rato.

La verdad no ofende

Se sentía extraño. Se sentía usado. Se sentía usado como siempre, pero esta vez distinto.

Mientras se acercaba a la parada del colectivo trataba de entender lo que pasó. No podía. No era posible que su cerebro pudiera hacerlo. Estaba demasiado quemado.

—Gringa puta, pedazo de mierda, yegua mal culiada —mascullaba.

Trataba de entender lo que pasó, pero no podía. Había sido usado. Como muchos lo habían usado, aunque muy distinto. Se sintió, por no imaginarse otra cosa con qué compararlo, violado.

—¡Reventada, hija de mil puta!

No era el tema de la plata. Era no haber sabido. Haber sido engañado de esa forma. Como un chico, como el pelotudo que era.

Sabía que las cosas no iban a quedar así. Sabía que de alguna manera se iba a vengar. Tenía ganas de volver y partirle la cabeza. Pero el Coronel y su reglamentaria se lo impedían. Rápido para la reglamentaria el Coronel. Y más si del otro lado del caño había un negro flaco con zapatillas sogueadas.

—El papito... el hijo de mil puta del papito. Ella y el conchudo del hermano... ¡no podían ser distintos!

Esa madrugada no fue al colegio. Se metió en cama y se tapó hasta la frente. Cuando el Rana y el Pelusa lo fueron a buscar se hizo negar. Nunca se hacía negar para el Rana y el Pelusa. Pero esta vez no quería verle la jeta a nadie. No quería admitir que la gringa lo había jodido como un perejil.

La mitad de las veces

La mitad de las veces tenía razón. Y la mitad es un montón. El Jota es un tipo vivo, tiene esa viveza que aleja al rico de la miseria y al pobre del cementerio. Pero la mitad de las veces se equivocaba. Y cobraba. Palos, tiros, puteadas...

La mitad de las veces tenía razón. Y esta vez tenía razón al pensar que al chabón lo conocía de algún lado.

El Jota, el Pelusa y el Rana caminaban bien cerca uno del otro. Caminaban sin hacer ruido. Las nike de quinientos mangos sirven para eso.

Unos cuarenta metros adelante, los chetitos que se creen gangsters. Porque venden unos porros a otros chetitos que pagan el triple de lo que valen se creen gangsters... Ni se imaginan, los chetitos, que cuarenta metros detrás de ellos viene el filo que los va a abrir como un pescado. Guardado en una de las nike viene. Y por si el filo del Jota no alcanza, el filo del Rana y el del Pelusa. No tan hábiles esos fillos, pero buenos para bacáp.

Al Pelusa no le gusta coger. Le da asco coger. Será porque en la casa se lo coge la Ramona. Y al Pelusa la Ramona le da asco. Se le escapa cuando puede el Pelusa. Pero a veces no puede y termina abajo de la gorda sucia que tiene de tía.

—Cagala a palos —le dice siempre el Jota—. Cagala a palos y te va a dejar tranquilo...

El Pelusa no puede, aunque quiera, cagarla a palos. Porque si la toca el viejo le quiebra el seso con un martillo. A los dos atiende la Ramona. Al viejo del Pelusa por casa y comida. Al Pelusa, por puro gusto.

La Ramona es hermana de la madre del Pelusa. Muerta, la madre del Pelusa. Muerta por el viejo del Pelusa, dicen en el barrio. Pero muerta al fin.

—La cagamos a palos nosotros —se ofrecen predispuestos el Jota y el Rana.

Pero el Pelusa no puede. Y de vez en cuando termina mordiendo los pezones peludos y mugrientos de la Ramona. Ya casi ni se le para del asco, al Pelusa. Qué se le va a hacer.

—¡La puta madre! —El Jota se paró de golpe. Se acordó dónde había visto al chabón que venía cuarenta metros adelante. El Pelusa y el Rana se pararon unos segundos después, sin entender qué carajo pasaba.

—¡Esos son los negros de mierda que nos afanaron la semana pasada! —chilló uno de los chetitos al ver al trío.

El Jota se dio cuenta muy rápido que había metido la gamba. Muy feo la había metido. Y muy rápido se dio cuenta.

Después del tiro todos salieron corriendo. Para todos lados salieron corriendo. Menos el Rana y el Jota, todos se hicieron humo. El Rana porque no pudo. El Jota

porque no quiso.

Casi casi

La primera bala le silbó en la oreja. La segunda ya no tuvo la menor chance. El Jota se colgó por la ventana de Juan Cruz agradeciendo que fuese igual a la de la gringa. Cuando el Coronel se asomó por debajo del dintel, descargó la reglamentaria al oscuro. Rápido para la reglamentaria el Coronel. Pero no infalible. Y la última bala acabó a más de treinta metros de donde el Jota saltó la reja. Como un gato, saltó la reja. Puteando, saltó la reja. Con rabia de no haber podido terminar lo que había ido a hacer.

El Jota se perdió en la noche con la misma facilidad con la que desaparecía cuando quería hacerse el sota. Detrás de él, los gritos de la gringa. Después los de la madre de la gringa. Lejos ya, los gritos de las dos.

Las buenas épocas del Coronel

El Coronel no siempre fue coronel. Hizo carrera rápido, eso sí. A finales de los setenta todavía era teniente y por eso se salvó de estar en cana. Porque la democracia metió en cana generales, coroneles y mayores. Pero hay pocos capitanes y tenientes en la sombra. Porque obedecían órdenes, dicen, que se salvaron. Si obedecés órdenes no sos culpable, dicen los que saben, y los salvaron de la cana. Cuando se derogó esa ley el Coronel se cagó en las patas. Pero tuvo suerte, los que tenían que hacerse los boludos siguieron haciéndose los boludos. Y el Coronel siguió poniendo el gesto adusto cuando comentaba, políticamente correcto, que hubo excesos inadmisibles.

Pero lo que nadie sabe, porque el Coronel no lo cuenta, es que se le hinchaba el pecho cuando iba en el Falcon. Nadie sabe que se miraba al espejo y se acomodaba la corbata cuarenta minutos hasta que estaba derecha. Nadie sabe, porque el Coronel no lo cuenta, que se le paraba la pija cuando hundía la picana en la carne zurda.

«Qué buenas épocas» recuerda el Coronel y habla de seguridad, de previsibilidad, de progreso. «Qué buenas épocas» recuerda el coronel y no habla de lo otro. Y más veces extraña lo otro que la seguridad, la previsibilidad y el progreso.

Hay noches que su mujer lo descubre babeando con la pija parada en la cama en medio de un sueño de picana y paredón. La mujer no sabe. La mujer cree que piensa en otra. Pero el Coronel sueña con las buenas épocas y se babea.

Distracciones

El Jota siempre supo qué quería. Siempre tuvo bien claro el camino que debía seguir para llegar ahí. Aunque tuvo distracciones. Algunas de esas distracciones chupaban bien la pija. Otras, daban el culo. Algunas pocas otras, tragaban la leche. La gringa es una distracción que hace todo eso, y encima está linda. Pero es solo eso, una distracción en el camino del Jota. Quizás si la gringa supiera hacer milanesas... Pero no sabe.

Hermanos

Juan Cruz cuida de su hermana como cualquier hermano. Se preocupa por ella. Quizás es por lo único que se preocupa Juan Cruz. Y Mica tiene debilidad por ese vago inútil que tiene de hermano. Vago, sí. Inútil, más o menos. Hay que ver. Porque Juan Cruz no sirve para mierda, pero se las ingenia para usar el apellido y los contactos del viejo para hacer mucha plata. Porque será un inútil, pero se dio cuenta de que a los autos de los hijos de coroneles no los controla la policía. De ahí a hacer montañas de plata hay un paso.

Mica mira la tele y se le cierran los ojos. No es que la película sea aburrida, es que no durmió un carajo. Y entonces, Mica se amodorra y se refriega en el pecho de Juan Cruz como un gatito. Juan Cruz le acaricia el pelo con cariño. Y Mica se siente protegida. Se siente querida. Se siente como siempre quiso sentirse. Juan Cruz le acaricia el pelo y ella cierra los ojitos. Mica se duerme pensando en que eso debe ser lo más parecido a la felicidad.

—Mica... —comienza a decir Juan Cruz, pero después no dice nada.

Juan Cruz hace resbalar su mano desde el pelo rubio a la cintura desnuda. Por debajo de la remera del pijama de Mica, Juan Cruz sube la mano. Y la mano encuentra la teta joven y firme. El pezón parado. La mano de Juan Cruz reconoce el pezón duro y mira a Mica a los ojos. Mica, los ojos cerrados. Juan Cruz, la pija dura como piedra.

Elección

El trabajo de los que trabajan de lo que trabaja el Jota es una mierda. El Jota sabe que es una mierda. Es una reverenda mierda y por eso no quiere trabajar mucho más de eso. Pero qué puede hacer un negro flaco con zapatillas sogueadas más que trabajar de lo que trabaja el Jota. Vender revistas, limpiar vidrios, con mucha suerte llegar a sacamugre de algún fast-food. El Jota lo sabe. El Jota tiene esa viveza que aleja al rico de la pobreza y al pobre del cementerio. Y como lo sabe, también sabe que es una cuestión de elección. Muchos de los que trabajan de lo que trabaja el Jota eligieron. Y por eso trabajan de eso. Porque eligieron entre ese trabajo y los otros — vender revistas, limpiar vidrios, con mucha suerte llegar a sacamugre de algún fast-food—. Porque eligieron la cara de susto de sus clientes a la de asco, indiferencia o desprecio. Al fin y al cabo, muy adentro de los pechos flacos, es solo eso. Una cuestión de elección.

Berrinche

Mica era una pendeja histérica. Malcriada e histérica. Pero tenía unos berrinches divinos. Y al Jota lo volvían loco. Le explotaba la entrepierna del pantalón cada vez que a la gringa se le arrugaba la pera por los pucheros. Y Mica hacía berrinches por cualquier cosa.

—Cuando te digo que vengás, venís. ¿Me entendés?

—No podía venir, loca, te lo juro por dio. Estaba ocupado.

—¿En qué carajo estabas ocupado, si se puede saber?

—Era el día de la bandera, tenía un acto en el cole... —mintió descaradamente el Jota, rápido para salir del paso.

—¿El mismo feriado a la noche era el acto?

El Jota asintió con la cabeza y le sobó las tetas por sobre la remera del pijama.

—¿Vamos a coger o no? —preguntó el Jota, que era bueno para ir a los bifés.

—Seguro estabas tomando con esos imbéciles que tenés de amigos... ¡o en la cancha! —pero mientras decía esto, Mica ya estaba desabrochando el cinto del Jota.

Todos los berrinches de la gringa terminaban de la misma forma, con el culo roto y leche en la boca.

—¿Me extrañaste? —preguntó el Jota, sabiendo que la gringa iba a decir que no.

—Tuve que arreglármelas sola. —No mintió Mica.

La única noche que el Jota no fue a cogérsela cuando ella lo llamó, Mica tuvo que ingeniárselas. Y no le fue tan mal. Lencería, vibrador, lubricante y pija de silicona rosa. Improvisado el show, pero todo un éxito.

Snuff

Juan Cruz hizo una fiesta vip para sus dieciocho. Solo cinco o seis «hijos de» como él, en una habitación de un hotel del centro. El más caro, el hotel del centro. Whisky del bueno. Merca de la buena. Y una modelito de las malas. De esas que salen en la tele de Buenos Aires, la piba. Un fangote pagaron los amigos de Juan Cruz para poner ese culo divino en un avión. Y ese culo divino atendió a todos en la habitación del hotel del centro donde Juan Cruz festejaba sus dieciocho. A todos, menos a Juan Cruz. Juan Cruz solo grababa con su cámara digital cómo sus amigos la enfiestaban.

—Prometeme que después la borrás... —le dijo la modelito de Buenos Aires, pasada de merca, con una pija cordobesa en cada agujero.

Juan Cruz no contestó. Ni siquiera tenía la necesidad de mentirle.

La minita era buena para atender pijas, pero era malísima tomando. Y Juan Cruz grabó el momento exacto en el que el cerebro se le fritó y cayó redonda sobre la alfombra. En medio de vómito y espuma que le salía por la nariz cayó.

Los amigos de Juan Cruz se pusieron de la nuca. Unos boludos, los amigos de Juan Cruz. Pero no el hijo vago e inútil del Coronel. Juan Cruz grabó hasta el último segundo de pataleo de la pendeja. Ni se inmutó. Y cuando los amigos boludos del hijo vago e inútil del Coronel se agarraban la cabeza, Juan Cruz sacó su celular y marcó el número.

Al otro día el titular de La Voz del Interior no decía nada de la fiesta de Juan Cruz. Ni una palabra. Pero la noticia de la sobredosis de la modelito era noticia nacional. Sola, decía el diario, había estado en su propia habitación cuando murió. La droga es la desgracia de nuestra juventud, decía el diario. Qué se le va a hacer.

Con la luz prendida

El Jota siempre había estado con pendejas del barrio. O del colegio. Una vez, con una mina casada que se lo levantó en el estacionamiento del super. Hasta la gringa, esa mina había sido el mejor polvo del Jota.

Con las pendejas del barrio, o las del colegio, al Jota todo le costaba el doble. Que se la chupen llevaba cuarenta y cinco minutos de bla bla bla. El culo, promesa de casamiento con una mano sobre la medallita de la Virgen de Luján. O había que aprovechar cuando estaban tan dadas vueltas que no sabían al otro día por qué les dolía tanto al sentarse. Al Jota lo tenían cansado las pendejas del barrio. Y las del colegio, ni hablar.

Por eso es tan adictiva la gringa. Porque la gringa chupa, da el culo, traga la leche, lo espera un rato y se lo vuelve a coger. Sin chistar, sin decir ni mu. Solo hace falta un mensajito en el celular: venite. Y lo espera en su cuarto, al que no entra ni el Coronel. Siempre con las sábanas limpias y oliendo rico. Siempre bien ordenadito. Siempre con la luz prendida.

El Jota se sintió raro la primera vez, entrando furtivamente a la casa del Coronel, en puntas de pie, de sombra en sombra. Pero en el cuarto de la gringa, la luz prendida. Y no es que el Jota tuviera vergüenza. Vergüenza de qué...

Pero desde ese día no pudo dejar de sentirse raro sabiendo que si el Coronel abría la puerta no podía dejar de ver la pija del Jota en el culo de su hija. Pero así estaba de segura la gringa de que nadie entraba en su cuarto si ella no lo permitía.

Otros hermanos

El padre del Jota no le había dado hermanos. Le dio muchas cosas que el Jota no pidió y que dejaron cicatrices adentro y afuera, aunque ningún hermano. Pero en la calle, los hermanos no nacen de la misma concha. Y el Jota tenía dos hermanos inseparables, el Rana y el Pelusa. Estaban juntos desde que ninguno de los tres alcanzaba la mesada de las despensas y tenían que estirar el cogote para pedir caramelos. Cagadas, les daban, no caramelos. Pero cuando alcanzaron las mesadas de las despensas, los tres hermanos empezaron a llevarse los caramelos sin pedir. Caramelos, puchos y lo que hubiese en la caja, se llevaban. Sin pedir se lo llevaban.

El Jota es el hermano mayor. No por edad, simplemente porque es el que se las banca. Es extraño cómo es de diferente en la calle. No hay fechas de nacimiento, ni documentos, ni siquiera alturas. La primera vez que alguien quiso pasarse de vivo con ellos fue el Jota el que saltó a los roscazos. El Rana y el Pelusa terminaron lloriqueando en un rincón. El Jota, en cambio, terminó con un ojo en compota y dos dientes menos. Listo. Hermano mayor. Eso y héroe es más o menos lo mismo en la calle.

Así que el Rana y el Pelusa son incondicionales con el Jota. Y ahora que son todos más grandes, que ya repartieron y recibieron, el Rana y el Pelusa no se quedan lloriqueando en un rincón. De ser necesario, el Rana y el Pelusa se paran frente la bala del Jota sin dudarle. Y fue necesario. Y el Rana lo hizo.

El Jota sabe que a un hermano no se lo venga por justicia ni mierda como esa. A un hermano se lo venga por rabia. Por gusto. Por necesidad. Porque hasta que no ves las tripas del que mató a un hermano no podés dormir. Es así. Punto.

Japoneses y chinos

Todavía tenía un armado en la boca cuando llegó a la casa de la gringa. Todavía le hacía frío cuando trepó la enredadera. Todavía tenía los huevos como manzanas cuando escuchó por la ventana que la gringa no estaba sola.

—Yo lo hago por vos, me importa un carajo los japoneses y los chinos... — escuchó que decía la gringa. El Jota no la conocía mucho, pero podía saber que estaba alterada.

—Pero ahí es donde está la guita, Mica. Y ahí, ya sabés... ahí podés ser quien quieras.

El Jota se asomó y pudo ver a Juan Cruz sosteniendo a la gringa por los brazos. La gringa parecía no querer soltarse. Al Jota le pareció eso, por lo menos. Le pareció que, sea quien fuera ese tipo, la gringa confiaba en él. Estaba en su pieza. Y estaba al mando. Se dio cuenta que él nunca había estado al mando en la pieza de la gringa. Y se puso celoso. El Jota se puso celoso no por la gringa, sino por el poder que ese tipo tenía sobre ella. El Jota era demasiado vivo para lo del macho alfa y esas boludeces. Pero, muy adentro suyo, sintió celos.

—Creo que es hora de que busquemos a otro. —Le escuchó decir a Juan Cruz.

La gringa asintió levemente con la cabeza. El Jota vio cuando la gringa asentía levemente con la cabeza, pero el Jota no entendía de lo que hablaban. Y solo descubrió quién era el tipo cuando salieron de la habitación.

—Vamos que mamá quiere que almorcemos con ella en el shopping.

Al volver a su casa sin el pulóver, el Jota no podía dejar de pensar en el hermano de la gringa. Y eso que el Jota no era de darle demasiadas vueltas a las cosas.

Linda la gringa.

Cómo chupaba la gringa.

Pero ahora no solo estaba la reglamentaria del Coronel esperándolo en el pasillo. Ahora también estaba el chetito ese, esperando enterarse de que un negro de zapatillas soguadas se empomaba a su hermana.

En eso estaba pensando el Jota cuando llegó el mensajito:

«J, venite esta noche más temprano. tipo diez. mica».

Como en las películas yanquis

El Coronel extrañaba las buenas épocas. Según él, las buenas épocas eran cuando la justicia llegaba rápida y contundente. Esa justicia rápida y contundente no la impartían los jueces, era una justicia de picana y paredón. Y el Coronel extrañaba esas buenas épocas.

Quizás por eso el Coronel llegó con otros tres a la casa del Jota. De noche, sin luna, llegó el Coronel con otros tres. Y en cuanto llegaron descargaron sus armas, de puño y de asalto, en las paredes de la casucha. Después patearon la puerta, el Coronel y los otros tres. Como en las buenas épocas de las que hablaba el Coronel, patearon la puerta de la casucha y entraron.

Buscaron al Jota. Patearon, ni miraron a los otros muertos. Patearon porque el Jota no estaba entre ellos. El Coronel y los otros tres escupieron, con asco, y prendieron fuego a todo. Hasta los cimientos ardió la casa del Jota. Pero el Jota no estaba.

El Coronel y los otros tres se fueron como llegaron. De noche, sin luna, se fueron. Pero en esa noche sin luna la casucha en llamas alumbraba media manzana.

El Coronel también tenía su propia idea de venganza. Una venganza sin jueces, sin karma siquiera. Una venganza de cara por ojo, de tripa por diente.

El Jota no se enteraría nunca lo que pasó esa noche. Nunca lloraría unos muertos que hubiese matado él mismo con tantas ganas. Nunca volvería buscando esa pieza húmeda y fría donde aprendió a ser el Jota. El Jota estaba lejos ya. Esperando.

Obediencia debida

En el barrio del Jota es difícil ser independiente. Solo el Jota y sus dos hermanos de calle. Los demás, de la edad del Jota o más chicos, son carne de cañón. El Jota se ganó el derecho de laburar por su cuenta a base de piñas y tajos. Pero sobre todo, a base de favores muy bien pensados a cada uno de los jefes.

Pero en el barrio del Jota los pendejos que no tienen la viveza del Jota terminan con un fierro en la mano o medio kilo de merca en la mochila. De otros, el fierro y la merca. Bien propio el pellejo, sin embargo.

En el barrio del Jota debería regir la obediencia debida. Pero eso lo inventaron para los milicos con plata. Porque para los pobres que matan porque si no los matan, o venden merca porque sino los violan, no hay obediencia debida. A la sombra, a que los maten otros y los violen otros. Eso es lo que les espera a los pendejos en el barrio del Jota.

El límite del Pelusa

La bala que volteó al Rana podría haber acabado en el pecho del Pelusa con la misma facilidad que fue a parar al pecho flaco y blanco teta. Centímetros. Pocos. Estaban a centímetros de distancia cuando el sonido sordo y húmedo del metal atravesando la carne se dejó oír bajo la reverberancia del estruendo de la nueve milímetros. Quien escuchó ese sonido, pocas veces tiene la suerte de contarlo. Pero el Pelusa puede, porque no fue su pecho el agujereado. Fue el pecho de al lado. Estaba tan cerca que pudo escuchar claramente cómo la bala atravesaba el esternón. Clarito se escuchó.

El Pelusa cerró la puerta con llave y fue directo a su pieza. Casi nunca andaba por su casa; y cuando iba llegaba bien tarde, cuando todos dormían. Pero esa tarde llegó y se encerró en su pieza. Temblaba como una hoja. La adrenalina. El cagazo. El segundo ruido. El segundo ruido fue aún peor que el primero. A ese si que el Pelusa no se lo saca de la cabeza nunca más. El segundo ruido le dijo que el Rana estaba muerto. Y que él había sido un cagón por salir corriendo en cuanto escuchó el primero. Salió corriendo como un endemoniado. Como un poseído. Tan rápido salió corriendo que no vio cuando el Rana rebotaba sobre la vereda de la Entre Ríos. No vio la cabeza del Rana rebotar con los ojos abiertos y blancos. Blanco hielo, como nunca. Pero escuchó ese segundo ruido con la claridad con la que escuchó el primero. Y supo que su hermano estaba muerto.

Todavía temblaba cuando la puerta se abrió y entró la Ramona. Entró y cerró la puerta. No dijo una palabra, solo se quedó mirándolo. El Pelusa aprovechó para odiarla más que nunca. Aprovechó para descargarse con ella. No aguantaba su propia cobardía y se desquitó con la Ramona.

La tipa no terminó de sacarse el buzo y dejar las tetas peludas al aire cuando el Pelusa se le fue encima y le clavó el filo en la garganta.

—¡Putas! ¡Gorda puta de mierda! ¡Nunca más me toqués! ¿Me entendés? ¿Me entendés?

El Pelusa ya tenía medio puño dentro del cogote de la Ramona y seguía gritándole a la cara. Haciendo lo que tantas veces había tenido ganas de hacer. Pero haciéndolo tarde.

Cuando aflojó la fuerza y desenterró el filo, la Ramona se desplomó entre borbotones que le salían del tajo y de la boca por igual. El Pelusa se quedó mirando un buen rato cómo su tía se moría ahogada en sangre. Por fin tenía la pija parada.

Talleres

El Chateau estaba hasta el moño. Hasta el orto, como siempre que juega Talleres. Y en los pechos enfundados en la rayada azul y blanca, mucho más que humo de choripán. Una sensación que no se explica. Que todos fracasan al intentar describir con palabras. Simplemente Talleres.

Los culiados de River venían a dar la vuelta a Córdoba. Sí, cómo no. Justo acá. Contra la T. Con el culo roto se iban a volver, no con la copa.

El Jota, el Rana y el Pelusa saltaban abrazados. Si afuera son hermanos, en la popu de Talleres son trillizos. Y tienen treinta, cuarenta mil hermanos más. «El que no salta es un porteño, el que no salta es un porteño». Y los tres saltaban para que no queden dudas. Pitazo inicial.

Gol en contra el primero. Piriz Alves al primer palo, después. Y golazo de Osorio. Tres a cero. Baile. Cargadas. River no sabía lo que pasaba. Talleres, pasaba. El Rana ya estaba mudo. El Pelusa ronco. El Jota sacado. Tres a cero al que venía a dar la vuelta. Sí, como no. «Despacito, despacito, despacitooooo...» comenzaba a bajar de las cuatro esquinas del Chateau. Si el celular del Jota no hubiese estado en vibrar, nunca se hubiese enterado del mensajito.

«Venite ahora antes de las once. mica»

El Jota terminó de leer el mensajito pero no llegó a pensarlo diez segundos. El culo rosado y tibio de la gringa. La lengua hábil e impúdica de la gringa. O el tres a cero a los putos porteños que venían a dar la vuelta a Córdoba. Justo acá. Si, como no. El Jota guardó el celular en el bolsillo y se abrazó a sus dos hermanos. Y de vuelta el salto. Y de vuelta el canto: «... les rompeeemos, el culitooooo».

Esa fue la única vez que el Jota no fue a cogerse a la gringa cuando ella se lo ordenó. Aunque al final del partido River haya metido dos goles. Aunque al final del campeonato Talleres se haya ido al descenso. Aunque ese haya sido el penúltimo partido de la T en primera. Talleres era lo único por lo que el Jota podía dejar de correr a los brazos de la gringa con los huevos como manzanas.

Las cartas del Rana

El Rana era, desde todos los puntos de vista, un pibe simple. No había ningún rasgo de complejidad en ninguno de sus pensamientos. Era básicamente un animalito del que el Jota cuidaba. Blanco teta, de pies a cabeza, en el barrio se corría el rumor de que la madre lo había encontrado en una bolsa en un baldío. Lo mejor que le podía pasar al Rana. Lo mejor que le pudo pasar a una mujer seca de útero.

Para colmo, quemado por todo lo que podía aspirar sin pagar mucho, el Rana era, entonces, un pibe simple. Aunque tenía un secreto.

La primera vez que vio una carta, de esas comunes de sobre blanco y estampilla sellada del Correo Argentino, se la encanutó sin dudarlo. De una vecina, la carta. Debajo de la remera se la encanutó. Diez minutos después de eso, ya en su pieza, la carta en las manos del Rana. Como un tesoro. Como un objeto religioso. El Rana sabía lo que era, pero su entendimiento no podía siquiera raspar los límites de las posibilidades de lo que adentro yacía en tinta de bic sobre papel rayado.

Nunca la abrió. Pero de vez en cuando acariciaba el sobre, amarillento con los años, y pensaba una nueva historia posible para las palabras secretas. Esa primera carta encendió en el pecho flaco y blanco teta un fueguito que nunca se apagó. Hasta el día del agujero de nueve milímetros, nunca se apagó. Un fueguito que era lo único fuera de la casi perfecta simpleza del Rana.

El Rana seguía al tipo que iba en bici en otra bici. Choreada la bici del Rana. El tipo que iba en bici, con uniforme. El Rana lo seguía de cerca al tipo de uniforme. Solo, el Rana. Como nunca. El tipo que iba en bici se paró frente al trescientos cincuenta y dos. El Rana lo miraba sabiendo lo que quería. No era la bici del tipo lo que quería. No era las toppe viejas que el tipo tenía, lo que quería. Lo que quería estaba en un bolso colgado de la bici. El tipo se bajó y se acercó a la reja del trescientos cincuenta y dos. Como un rayo el Rana aprovechó que el tipo se bajara y dejara su tesoro descuidado. Como un rayo el Rana cargó el bolso. Como un rayo desapareció de ahí. Esa fue la única vez que choreó sin sus hermanos. Con lo del bolso tenía para una vida de historias inventadas y de preguntas sin respuestas. Una vida corta, la del Rana, encima.

En sus manos, las diferentes cartas disparaban diferentes preguntas. Simples, nada del otro mundo, las preguntas. El cerebro del Rana no daba para mucho más.

Cuando los del correo dieron aviso a las autoridades y se hizo público, a muchos de los que enviaron esas cartas se les frunció el orto. Lo que no saben, esos a los que se les frunció el orto, es que sus sucios secretos están a salvo. No van a terminar en un diario. No van a terminar en internet. Ni siquiera van a terminar en la Afip o en la Side. Ni se imaginan los orto fruncidos que el Rana nunca abrió ninguna de esas

cartas. Abrirlas era asesinar las posibilidades. Era acabar con el juego. Y al Rana le gustaba jugarlo.

Jesuisjuliette.com

Juliette era una estrella en la web. Pero una gorda. Tenía más fanáticos que muchas estrellas de Hollywood. Todos pajaros los fanáticos de Juliette; pero muchos. Algunos se contentaban con pajearse en secreto en la soledad de sus habitaciones de solteros cuarentones. Otros eran verdaderos militantes; y en los foros posteaban fotos de Juliette «honradas» con espesas descargas de leche fresca. Como en un ritual, como en un rito compartido por millones en el mundo.

Es más. Dicen que en China había un club secreto donde decenas de hombres se reunían a la hora del show virtual de Juliette a compartir su onanismo fanático. Un club donde trabajaban bellas jovencitas que nunca eran penetradas. Ni siquiera tenían que desnudarse. La única función de esas bellas jovencitas era limpiar la ofrenda de semen de piernas peludas, pechos lampiños, pisos de porcelanato, zapatos caros. Es solo un rumor, pero dicen que Juliette no recibía un peso de lo mucho que ganaba ese club.

A Juliette le importaba un sorongo los fanáticos. A Juliette le importaba un sorongo ser venerada como una ninfa sagrada por millones de hombres alrededor del mundo. Juliette lo hacía por amor. Una particular, especial, extremadamente singular clase de amor. Pero amor al fin. Y no, el verdadero nombre de Juliette no era Juliette.

Clímax

Detrás de esa puerta, el pasillo. Detrás de esa puerta el Jota nunca había estado. Como su casa, la habitación de Mica. Pero detrás de esa puerta, el Coronel, el chetito del hermano y una o dos reglamentarias, quizás más. Pero las cosas que debían hacerse, se hacen. No hay vuelta. Se hacen porque sino se te aparecen una noche sin luna pidiendo factura.

El Jota se acercó a la cama de la gringa. Como un gato se acercó. Las nike de quinientos mangos sirven para eso. Las nike, y la cancha del Jota para ser invisible cuando quería. Se acercó a la cama de la gringa con el filo en la mano. A centímetros de la yugular de la gringa, el filo. A milímetros. El Jota pensó por primera vez en su vida en prioridades. La sangre se le aborbotonaba en los vasitos del cerebro, pero aún así pudo pensar en prioridades. Primero, el hijo de puta que limpió al Rana. Después, lo demás.

Detrás de esa puerta, el pasillo. Esa puerta se abrió sin un ruido y la cabeza del Jota se asomó apenas. Cara, la casa del Coronel. Vieja, la casa del Coronel. Cerró la puerta y miró a todos lados. Otras puertas en el pasillo. En alguna de ellas, el Coronel y su reglamentaria. En otra, el chetito hijo de mil puta que disparó al bulto cuando el otro chetito gritó «¡Esos son los negros de mierda que nos afanaron la semana pasada!». Y el bulto cayó con los ojos abiertos y rebotó en la calle con un ruido imposible de olvidar.

Tranquilo, el Jota. La sangre hervía en el cerebro, los músculos alertas, pero el Jota tranquilo. Caminó hasta la puerta contigua de la de la gringa. Cualquiera era igual de buena para empezar. Se quedó quieto tratando de escuchar. Nada. Silencio. El Jota esperó un momento más. Nada.

Detrás de la otra puerta, Juan Cruz. Vago y malcriado, pero cada vez menos inservible, Juan Cruz. Sintió el filo a centímetros del cogote y, sin abrir los ojos siquiera, de un salto quedó lejos del negro flaco de zapatillas sogueadas que venía a filetearlo como un pescado. Tranquilo, el Jota, sin embargo. Una contrariedad, eso era todo. Todavía tenía al puto que había limpiado al Rana en la misma habitación, al alcance del brazo flaco. El Jota con el filo, el chetito en calzones. Extrañamente, Juan Cruz no gritó pidiendo auxilio. Si hubiese abierto la boca la reglamentaria del papito estaría apuntando al Jota en este momento. Pero callado, Juan Cruz. Y a salvo, por ahora, el Jota. ¿Error de estrategia, Juan Cruz? Estaba cuidando a alguien, Juan Cruz. Y no era al Coronel.

Se miraron un rato largo. Juan Cruz reconoció al Jota de inmediato. Pero no lo relacionó con el negro blanco teta que quemó en el centro. No. Reconoció al Jota y creyó que el kilombo venía por lo de Juliette. Quizás por eso Juan Cruz falló en evaluar la peligrosidad de la situación. Juan Cruz creyó que este problema se

arreglaba con plata. Así pensaba Juan Cruz. Y cuando abrió la boca para ofrecerle diez lucas para cerrar el orto, el Jota le quebró la rodilla de una patada y le abrió la garganta de oreja a oreja en un solo movimiento. Habilidadoso el Jota con el filo. A Juan Cruz se le ahogó la oferta con su propia sangre y lo último que vio en este mundo fue la cara de asco del Jota. Después la moqueta verde. La moqueta verde que se hacía oscura en donde la sangre formaba un charco espeso. El ojo abierto de Juan Cruz miró su sangre sobre la moqueta y después, nada.

Al Jota le hubiese gustado que el hijo de puta que se desangraba en silencio sobre la moqueta verde hubiese sabido que era por el Rana. Al Jota le hubiese gustado gritarle en la cara que el Rana lo estaba esperando en donde sea que estuviese para partírle la cara. Y que él lo iba a mandar ahí. No quería nada de arrepentimiento, ni llanto, ni mariconadas. Al Jota no le importaban las redenciones. Pero le hubiese gustado que el chetito que quemó al Rana en el centro se fuera de esta vida sabiendo que fue por eso. El Jota, sin embargo, sabe que lo más importante es sobrevivir. Y la forma de sobrevivir es haciendo lo que fue a hacer, rápido y sin cháchara. El biri-biri es para las películas. El Rana había sido vengado y él estaba sin un rasguño. Suficiente.

La primera vez

La primera vez que vio su imagen en la pantalla se sintió sexy. Se le pusieron como piedra los pezones y mojó la bombacha. Esa primera vez el show fue privado y Juliette lo sabía. En la otra habitación, totalmente solo, Juan Cruz miraba el monitor. Con la mano derecha en el mouse, Juan Cruz ajustaba las cámaras. La mano izquierda, más abajo. Juliette sabía que en la otra habitación Juan Cruz la estaba mirando. Privado, entonces, el primer show.

Juliette comenzó a menearse con la mirada clavada en la cámara. Los ojos de Juliette en la cámara. Los ojos de Juan Cruz en el monitor. Juliette tomó su remera y comenzó a subirla lentamente. Al aire las tetas jóvenes y paradas. Duros los pezones de esas tetas. Se mojó los dedos en la boca, Juliette, y se acarició los pezones en pequeños círculos. La mirada clavada en la cámara, Juliette.

Del otro lado, mirando el monitor, a Juan Cruz le costaba respirar. La mano derecha en el mouse. La otra más abajo.

Juliette se dio vueltas, de rodillas sobre la cama, y dejó caer sus hombros sobre el colchón. El culo perfecto de Juliette hacia la cámara. La bombacha empapada. Los dedos inexpertos pero atrevidos. Levantó apenas la cabeza y clavó la mirada en la otra cámara. Sabía que el único espectador de ese primer show no se perdería detalle de cómo su índice y mayor se perdían en sus cavidades. Totalmente húmedas, esas cavidades.

Juan Cruz con la mirada en el monitor. La mano derecha en el mouse. La izquierda en la erección a punto de reventar.

Juliette, como si hubiese sabido, desapareció media pija de silicona rosa en su culo voraz. Intuyó el orgasmo de su hermano y acabó sobre la cama con una interminable catarata de fluidos.

A la mañana siguiente Juliette volvió a ser Mica. En el desayuno ninguno de los dos intercambió palabra. Solo al terminar su licuado, Juan Cruz se acercó y en el oído le murmuró un «todo está listo». Lo único que faltaba ahora era un perejil que creyera en los Reyes Magos.

Como en las películas yanquis II

De noche, sin luna, volvió el Coronel a su casa. Puteando volvió. En la otra punta de Córdoba una casucha se quemaba hasta los cimientos. En esta punta, el portón automático fallaba por primera vez. Y el Coronel con el dedo en el control remoto. Cómo puteaba el Coronel. El Coronel no sabía lo del fierro atravesado. No tenía cómo saberlo. Pero podría haberlo intuido si no hubiese estado tan ocupado repasando en la cabeza, una y otra vez, los tiros y las llamas de esa noche.

Si hubiese sospechado lo del fierro atravesado, jamás hubiese abierto la puerta de la chata. Si no hubiese estado repasando una y otra vez en la cabeza las llamas y los tiros, jamás hubiese bajado de la chata en la calle oscura. Solo, ya, el Coronel con un pie en la calle oscura. Con el control remoto en la mano, el Coronel, tendría que haberlo sospechado.

El primer tajo sobre el codo y el control remoto rebotó en el suelo partiéndose en dos. El Jota pensó que era la reglamentaria, por eso el primer tajo. El segundo tajo casi separa la cabeza del Coronel de los hombros, tan profundo fue. Profundo y certero, digno del Jota. El Coronel debería haber tenido más cuidado, pero así era el Coronel. Un negro de zapatillas sogueadas solo podía estar frente al caño de su reglamentaria, no cortándole el cogote una noche sin luna. Hasta el último segundo de su vida, un prejuicioso de mierda el Coronel.

Sobredosis

Linda la gringa.

Cómo chupaba la gringa.

Un culo y unas tetas que ponían los huevos como manzanas, la gringa.

Y para un negro flaco de zapatillas sogueadas como el Jota, ese combo podía ser una droga.

En esa cama limpita y con la luz prendida, el Jota se sentía poco menos que un dios. Y la gringa no se cansaba de alabar la forma en que el Jota podía estar de pija parada por horas. Acabarle en la boca, seguir empalmado. Llenarle el culo de leche y seguir empalmado. Era todo un hallazgo para Juliette.com, el Jota. Todo este tiempo había sido una estrella sin saberlo. Porque el Jota no sabía que detrás de los libros de matemáticas había una cámara. Planos cortos esa cámara, para la cama. El Jota tampoco sabía que al lado de la virgencita de Lujan había otra. Plano general esa, casi toda la pieza. Y mucho menos que una tercera le encuadraba el culo y las bolas cuando montaba a la gringa. O a Juliette, como la conocían los pajeros chinos, japoneses y rusos que pagaban fangotes por verla tener sexo con un «latino».

Pero el Jota no sabía nada de eso. El Jota solo sabía cómo se veían los pezones duros de la gringa cuando le acababa sobre las tetas. El Jota solo sabía cómo se veían los cachetes del culo rosado de la gringa cuando le hundía los dedos para sostenerla fuerte y entrarle hasta el fondo.

Rica la gringa, no se podía tomar poco de esa.

La otra mitad de las veces

Lo mismo de siempre. El Jota en el medio y a cada lado el Rana y el Pelusa. Cuarenta metros adelante, dos chetitos que se creen gángsters porque venden porros caros. Y junto a esos chetitos, otro que era demasiado vivo para vender. Jefe, seguro, ese otro.

Detrás de los chetitos que se creían gángsters, el Jota y sus hermanos. Los filos listos. Las piernas alertas. Cortar, chorear, salir corriendo. Lo que hacían siempre. Y desde hace unas semanas, a estos chetitos que le venden porros caros a los del Monserrat. Fáciles estos chetitos. Más fáciles que los peruanos de las despensas o los chinos de los super. Fáciles estos chetitos porque se cagan todo cuando ven el filo. Y ni que hablar si el filo corta un brazo, justo arriba del codo. Se cagan todo y sueltan la guita. Por eso el Jota y sus dos hermanos agarraron este currito.

Pero lo que el Rana y el Pelusa no saben y el Jota no advierte, es que el chetito que caminaba cuarenta metros adelante era Juan Cruz. Vago y malcriado Juan Cruz. ¿Pero inservible? Al Jota le resulta conocido, pero no sabe de dónde. ¿Será que ya lo chorearon alguna vez? Al Jota le resulta conocido pero no sabe de dónde, todavía.

—Mi vieja dice que vayan a comer milanesas esta noche —comenta el Rana, ajeno al hecho de que ya había comido su última comida.

—Dale —contesta el Pelusa.

Pero el Jota está en otra. No contesta porque sigue pensando de dónde conocía a ese chetito que camina delante. No era del laburo. Era de otro lado. Él sabe que al chetito lo conocía de algún lado. Y la mitad de las veces el Jota tenía razón. En ese momento el Jota recuerda la mañana fría en que volvió a la casa de Mica a buscar el pulóver. Y recuerda, claramente, al chetito que estaba con ella en la pieza. El hermano de la gringa.

—¡La puta madre! —y se para en seco.

El Rana y el Pelusa se paran tres pasos más adelante. Uno de los chetitos chilla. Y la bala que venía para el Jota perfora el pecho flaco y blanco teta del Rana. Y el Pelusa se hace humo, al igual que los chetitos. El Jota no. Se queda mirando ese agujero negro del que salen borbotones colorados.

El ahora del Jota

Ahí, tendido boca arriba en esa cama calentita, el Jota se olvida del barrio y de su trabajo. Del hambre, de los palos, de la calle. Hasta del Rana y el Pelusa se olvida. Para el Jota tendido boca arriba con la lengua de la gringa sobándole la pija, no hay antes ni después. Y en el preciso momento en que larga una tracalada de leche tibia en la garganta de esa pendeja hermosa, no hay más que ahora. Y el Jota acaba con los ojos cerrados y piensa «Yo me la juego, total... ¿qué puede salir mal?».

Epílogo

Mica se vio en un brete fenomenal cuando la policía investigó las muertes del Coronel y Juan Cruz. Si Mica abría la boca, manchaba la memoria del hermano. Un vago de mierda y malcriado, Juan Cruz. Pero mejor víctima, que traficante y pornógrafo infantil. Mejor víctima, aunque su victimario se salga con la suya. Mejor la venganza propia, que no dudaría en buscar oportunamente. Intención de robo, entonces, las dos muertes. Aunque a la policía no le cerraba por ningún lado, a la familia del Coronel había que dejarla tranquila.

El Jota la sacó barata, pero de todos modos eligió exiliarse. Córdoba era su oficina, su hábitat natural, pero se había vuelto peligrosa para él. Por la probable posible futura venganza de Mica. Y porque el Coronel tenía muchos amigos de las buenas épocas que no dudarían en cazarlo como a un animal. Exiliado, entonces, el Jota. Con lo puesto, en el exilio, el Jota.

El Pelusa lo buscó un tiempo. No mucho. No pudo. Solo, en el barrio del Jota, el Pelusa tuvo que elegir una de las bandas y hacer de tripa corazón. Terminó con un fierro en la mano. Pero terminó siendo bueno para eso. Y cuando el padre lo fue a buscar para sacarle en cara lo de la Ramona, el Pelusa le puso una bala de treinta y ocho en la cabeza. No lo mató, pero el viejo se quedó piola.

El Jota entró a Buenos Aires por la panamericana. A dedo en un camión de esos que llevan pollos, entró el Jota a Buenos Aires. Siempre supo que, trabajando de lo que él trabaja, iba a terminar ahí. El conurbano era ideal para desaparecer. Desaparecer en serio. Había dejado mucho atrás, y nada al mismo tiempo. Ahora tendría que empezar de cero, en un lugar donde el más mínimo deslíz se paga con una bala en el cerebro o una pija en el culo. Pero al Jota lo único que le preocupaba de vivir en Buenos Aires era que no iba a poder ir a la cancha a ver a Talleres. Qué se le va a hacer.

Agradecimientos

A todos los beta-readers que aportaron sus opiniones y ayudaron a darle forma a este relato:

Claudia, Mauro, Beto, Esteban, Javier, Germán, Federico, Luli, Kolo, Pauli, Adrián, Laura y Gonzalo.

A todos los lectores del blog original del Jota y Mica, por hacerme creer que su historia merecía algo más.

A mis padres, que de una forma u otra me hicieron lector primero y escritor después.

A Gustavo Gómez y Javier Peñaranda por darme el tiempo para terminar esta novela.



CARLOS FILIPPA nació en Santiago del Estero en 1972, y desde 1990 vive en Córdoba.

Egresado como Licenciado en Cine y TV en la Universidad Nacional de Córdoba, fue premiado nacionalmente como realizador de cortometrajes. Actualmente se dedica a la docencia.

Su novela inédita *Aves de Carroña* recibió la Mención Especial en el Premio Estímulo a la Creación Literaria y Teatral del año 2000 (Premio Nacional de las Artes).

Desde mediados del 2003 hasta principios del 2005, escribió para su weblog *Los Dedos del Manco* sobre literatura, cine, actualidad y afectos personales, recibiendo en ese período más de 40.000 visitas desde todas partes del mundo hispano.